
Aproximaciones hacia una explicación de la “revolución democrática y cultural” en Bolivia

Janey Program in Latin American Studies & Observatory on Latin America | **The New School**

abril de 2008

Gustavo Guzmán
Embajador de Bolivia en Estados Unidos

I. Primera aproximación: Bolivia en América Latina

En octubre del año 2006, nueve meses después de que Evo Morales Ayma asumiera la Presidencia en Bolivia, Alain Touraine, sociólogo francés, director de Estudios de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París y lúcido observador de la realidad latinoamericana, se atrevió a decir y escribir que el futuro político del continente depende del éxito del Presidente Morales.

Semejante afirmación, que hasta podría parecer excesiva, tiene sentido cuando se sitúa el proceso político boliviano en el contexto de una Latinoamérica incapaz, hasta ahora, y tal como lo señala el sociólogo francés, de “encontrar una expresión política para sus profundos problemas sociales”.

Se trata, dicho de otra forma, de construir un modelo de gestión democrática de los cambios sociales con las manos de aquellos que no estuvieron nunca en la escena estatal y gubernamental, los pobres, los excluidos, los vilipendiados de siempre; se trata de ensanchar los marcos institucionales para el protagonismo decisorio de los movimientos sociales.

Y esto es, precisamente, lo que hoy está sucediendo en Bolivia. Y de allí que Touraine escriba y diga con desparpajo que si hay un lugar en Latinoamérica donde se decidirá “la vida política del continente y su capacidad de inventar un modelo político y social capaz de operar sobre una situación extraordinariamente difícil”, ese lugar, “sin ninguna duda”, es Bolivia.

Ciertamente –y éste es el sentido que creo debe recogerse de esta primera aproximación a nuestra realidad– lo que Bolivia está “inventando” es un modelo político que responda a sus profundos problemas sociales, un modelo político, además, sujeto al desafío de desarrollarse dentro de los límites de ese marco institucional al que le hemos puesto el nombre de democracia.

Y de allí que se pueda decir hoy, mirando y pensando en Bolivia, que son muy pocos los momentos de la historia latinoamericana en los que se presenta un poderoso nexo entre los movimientos sociales y aquellas acciones específicamente políticas de transformaciones en la sociedad y en sus instituciones, pero además, en el caso boliviano, bajo la dirección de un núcleo decisorio y decisivo desde donde se irradian esas acciones: los movimientos campesinos e indígenas.

Bolivia, pues, para decirlo brevemente, ha comenzado a andar por otro camino, uno muy distinto al que postularon aquellas élites liberales que creyeron que nuestro destino era andar lo más desnudos posibles sobre los rugosos andariveles de una economía mundial globalizada.

Y quizá es desde este punto de vista desde donde puede afirmarse que gran parte del futuro político de América Latina corre la suerte de definirse dentro de las fronteras de Bolivia, en el sentido de que allá, en esa pequeña hermosa patria, se juega el destino de la democracia, cuando la democracia está en manos de los pobres y de los excluidos de siempre, como no había sucedido antes.

Y hoy, muy cerca de la mitad del mandato del Presidente Morales, advertimos ya no sólo la importancia de los cambios que nos alejan del pasado, si no también la dificultad y complejidad del proceso político boliviano, además de sus perfiles más precisos, sus horizontes y angustias.

Busquemos ahora un segundo acercamiento a la realidad boliviana de hoy.

Segunda aproximación: La crisis estatal

Hay una segunda manera de aproximarse a la realidad boliviana de hoy, y esta mirada procede de la academia, de la discusión de la política en los espacios académicos y universitarios de Bolivia, para decirlo mejor. Y aquí, la mirada se instala en la crisis, la crisis del Estado neoliberal organizado y concebido en los

años 80 del pasado siglo, cuando la retirada del Estado de la economía y la glorificación del libre mercado eran el pan político de todos los días.

Y hay una imagen, ya no académica, sino más bien periodística, que ilustra la realidad política de mi patria: hace apenas cinco años, Bolivia era ese país que había construido una más o menos sólida institucionalidad política, un sistema político cuya base central la constituían entre tres y cinco partidos políticos que se turnaban cada cuatro o cinco años en el manejo del Estado. Hoy, ese sistema político simplemente no existe. Tal la dimensión de la crisis estatal nacida en el mero principio de este siglo, cuando unos nuevos protagonistas, multicolores, múltiples y variopintos, pero todos ellos negadores del viejo sistema de administración del poder, los llamados movimientos sociales, tomaron la palabra y la acción en Bolivia.

Esa interpelación general al Estado, tal como nombra el pensamiento político boliviano a la crisis estatal, nos sitúa hoy en una fase de transición en la que emergen, por fuerza de los hechos, viejas y nuevas palabras, también interpelatorias: indigenismo, nacionalismo y autonomías. Tres palabras que dibujan con precisión el escenario político nacional y que resumen el nudo central de la cuestión nacional en Bolivia.

Cito esa primera de las tres palabras, indigenismo, porque ahí están, en la Bolivia de hoy, los portadores del recuento histórico todavía no resuelto en mi patria, los protagonistas de ese duelo también todavía no resuelto entre aquellos de la Bolivia republicana, criolla y mestiza, y aquellos de la Bolivia india. “Bolivia será una patria india o no será”, decía el más lúcido de los intelectuales bolivianos que supo hundir su conocimiento en los perfiles últimos de su patria. “Bolivia india”, decía René Zavaleta Mercado, en el sentido de una patria que, para existir, “debe dotarle al indio de un estatus indiscutible dentro de la nación”.

Cito esa segunda palabra, nacionalismo, porque ésta ha sido la forma histórica y casi permanente de interpelación al Estado. Nacionalismo hoy, sin embargo, con

otros protagonistas. Ya no las clases medias de intelectuales revolucionarios de los años 50, ya no los militares nacionalistas de pocos años después, se trata de un nacionalismo interpretado por esos mencionados movimientos sociales cuya núcleo organizador nace en la comunidades indígenas y campesinas. Un nacionalismo sin “intermediarios”, se diría.

Un nacionalismo desde el manejo del Estado, además, que se manifiesta como soberanía estatal frente a las empresas extranjeras, soberanía en la propiedad, el manejo y la gestión de los recursos naturales. Esta es, en su veta estatal, una de las más sustanciales explicaciones de la abrumadora victoria electoral del Movimiento Al Socialismo (MAS) y de su acción gubernamental.

Y me refiero a esa tercera palabra, autonomías, porque ya el achacoso centralismo histórico no soporta el desborde económico, político y social de la regiones; porque el mapa boliviano escolar actual, diseñado en sustancia por un Virrey español de apellido Toledo, no aguanta la consolidada fuerza de la democracia local o municipal, y menos el desafío de los gobiernos prefecturales o departamentales.

Y son precisamente esas tres palabras –indigenismo, nacionalismo y autonomías– las que definieron el sentido de la Asamblea Constituyente, otra de las tormentas nacidas de la interpelación al ahora desaparecido sistema político forjado en los años 80 del pasado siglo, y que hoy, a partir de lo sucedido en el pasado año 2007, perfila el inicio de un nuevo momento de la crisis política en Bolivia, esta vez motivada por la lucha entre dos bloques de poder, el que emerge victorioso en las urnas, al mando del Presidente Morales, en diciembre de 2005, y el que se resiste a morir, embanderado hoy en el refugio regional con el nombre de autonomía. Pero de ello nos ocuparemos más adelante.

Esta es, entonces, una segunda aproximación a la Bolivia de hoy, aquella que expresa, a partir de la crisis estatal, la actual etapa de transición en la que

tiemblan las relaciones entre el Estado, la política, la economía, la cultura y la sociedad.

Tercera aproximación: “El mundo del temible Willca”

Una tercera aproximación a la realidad de Bolivia hoy, nos lanza a aquella sentencia histórica que señala que una sociedad es lo que es su agricultura. Se trata de una sentencia histórica porque, a fin de cuentas, la agricultura ha sido la primera de las relaciones del hombre con la naturaleza.

Y es aquí, en este ámbito, en el de la propiedad y productividad de la tierra, donde puede medirse, en primer lugar, hasta dónde Bolivia sigue siendo aquella sociedad de su momento constitutivo; es en este ámbito en donde también puede medirse cuán poco ha cambiado la sociedad boliviana desde la elaboración de transformaciones superestructurales.

Y es aquí, finalmente, en el ámbito de la propiedad de la tierra, donde puede encontrarse ese doble fenómeno político y social que marca la historia de Bolivia: la permanencia y pervivencia de una estructura colonial, apenas intocada o mancillada en el pensar de la gentes, por un lado, y el origen de una continua y no menos persistente interpelación al orden establecido, por el otro. Estamos hablando, por tanto, de esa metáfora que nos traslada a una Bolivia criolla y mestiza y a esa otra Bolivia india.

Estamos hablando de esa República –la República de Bolivia nacida hace poco más de 180 años– fundada sobre las bases estructurales de la Colonia y que mantenía, para citar un solo ejemplo, la obligación de un impuesto nacional a los indios por el solo hecho de ser eso, indios. “Contribución indigenal” era el nombre de este impuesto, el más vivo ejemplo de pervivencia colonial y de estructura organizada de la desigualdad. Tuvieron que pasar 127 años de República criolla y mestiza para que esos indios, que sólo servían para pagar

impuestos, fueran reconocidos como “ciudadanos”, otorgándoles el derecho a votar.

En el otro extremo de esa sociedad, el conformado por terratenientes criollos y mestizos, era el rostro originario de lo que hoy nombramos como oligarquía, es decir, los herederos de los herederos de aquellos que llegaron a esa tierra con el estandarte de sus fueros y derechos previamente establecidos. Eran esos que jamás sintieron que esa patria a la que llegaron era su patria. Por ello se explica su eterno retorno al socorro externo, su obsesiva vocación de alianza con el capital extranjero. Para ellos, la soberanía fue siempre una especie de renuncia previa.

Eran ellos quienes miraban al extranjero como fuente de civilización y certezas. Esta fue siempre la historia de casta gobernante en Bolivia, la fuente de una historia nacional que bien puede resumirse como la historia del desprecio al indio porque, desde esta manera de pensarse y pensar el país, los indios sólo podían ser el obstáculo fundamental para que ese país existiera.

Fueron ellos los herederos de la agonía de la producción fabril colonialista de la plata y los fundadores de la inmediata explotación del estaño con unos únicos ojos que miraban sólo el puerto de embarque. Fueron ellos los fundadores de esa pedagogía tan popular de la impotencia nacional, los creadores de ese doble prejuicio nacional: un sentimiento de superioridad ante el indio y de inferioridad ante el gringo.

Pero nada en la historia es lineal, y por eso mismo, poco antes de morir el siglo XIX, hubo un coronel liberal, terrateniente y de apellido Pando, y un indio dirigente heredero de los Katari y los Amaru, de nombre Zárate Willca, que unieron sus fuerzas para vencer a la ya trasnochada oligarquía de sangre azul y de la plata. Apenas lograda la victoria, el coronel Pando mando a matar a Willca, al “Temible Willca” que sabía, con los suyos, de esa táctica invencible del acoso y el cerco permanentes.

Permítanme terminar abruptamente esta historia dando un salto de poco más de 100 años: hoy, los hijos del Zárate Willca vienen ejercitando, como siempre, su vieja táctica, la del cerco, pero esta vez desde Palacio de Gobierno.

Cierro aquí esta tercera aproximación histórica a Bolivia, para zambullirnos inmediatamente en la Bolivia de estos instantes, la Bolivia en la que se batalla todos los días, por la conquista del poder.

Bolivia hoy

¿Qué se puede sacar en limpio de estos poco más de dos años de gobierno del Presidente Evo Morales? ¿Qué ha hecho con el poder otorgado por las urnas de la democracia este primer Presidente indígena de Bolivia? Hay dos formas de aproximarse a una respuesta a estas preguntas: una enumerativa, siempre útil en la hora del recuento, y otra más conceptual.

En dos años y tres meses de gobierno, el Presidente Morales ha incrementado sustancialmente la renta que proviene de la producción y exportación del gas y el petróleo bolivianos. Ha iniciado un extenso y amplio proceso de redistribución de la tierra, buscando acabar con el latifundio improductivo y beneficiando con la entrega de tierras a indígenas y campesinos. Ha puesto en marcha proyectos de industrialización del gas y de uno de los reservorios más grandes yacimientos de hierro del planeta postergado en Bolivia desde hace más de 40 años. Ha creado una red de distribución directa de los recursos de la cooperación externa a los municipios, como una manera práctica, concreta y eficiente de lucha contra la pobreza y de cohesión social. Ha utilizado parte de la renta petrolera para pagar una especie de jubilación, llamada “Renta Dignidad”, y un bono para incentivar la presencia de niños y niñas en las escuelas. El Presidente Evo Morales, finalmente, ha logrado instalar a Bolivia en el mapa político global, desde la dignidad de su liderazgo indígena. No parece poco lo hecho por el Presidente Morales.

En términos más conceptuales, le ha tocado en suerte histórica al Presidente Morales, encauzar y encabezar el proceso de transición del Estado neoliberal de los años 80 a un Estado que bien puede denominarse como Estado social, pluricultural y autónomo. Y en ese proceso de transición, puede decirse que en la Bolivia de hoy al menos cuatro ejes indiscutibles de una nueva realidad política, económica y social, de un único sentido de transformación estatal: a) el indiscutible papel protagónico del Estado en la construcción de una sociedad más justa y equitativa (tanto Estado como fuera necesario, puede decirse); b) la conquista de la igualdad entre indios y mestizos; c) la redistribución de la riqueza como base del proceso de cambio social; y d) la redistribución territorial del poder del Estado.

Dicho de manera más breve: Bolivia transita hoy sobre un camino sin retorno, Bolivia vive un amplio y generalizado proceso de ampliación de derechos, de igualdad social y de redistribución de la riqueza.